# ¡ANGELITOS!

Alfredo Sanjuán Ferrer.

***Tercer Premio***
***Certamen de Narraciones Breves convocado por la Consejería de Sanidad y Consumo***
***Autor: Alfredo Sanjuán Ferrer. Enfermero***

Ni Dios ni los dioses existen, pero alguien cruel nos maneja los hilos- exclamó el padre al contemplar la escena.

El mercado de Santa Juliana de Campar siempre fue alegre. Era multicolor y casquivano. Con aromas a laurel y pimentón. Las tiendecillas y puestos se heredaban. Los vendedores, por lo común, eran engendrados en los almacenes del recinto entre cajas de frutas y artesas con salmuera y, desde los abultados vientres de las madres, tomaban posesión de su bullanguero destino en el mercado.

El cuatro de diciembre amaneció normal. La niña llegó de mano de su padre y, con ruidosos pisotones, sacudió el vaho de la entrada. Era tan menuda que el autor parecía haberse rendido en su bosquejo: dos alambres por piernas, bajo la banderola de una faldilla gualda con lunares pistacho; unos vociferantes agujeros en lugar de los ojos; y una risa que pellizcaba el aire como un trino.

En la puerta, la niña escuchó a una de las mujeres que en ese momento salían del mercado: <<Lo mataré mañana, ya tengo las especias>>. <<En casa también lo mataremos>>, añadió otra. <<Estos días mata mucha gente >>, continuó la tercera. Sin dejar de hablar de la matanza, se marcharon.

Dentro, la niña anduvo a empellones, sacudida por paradas forzosas y recias arrancadas, hasta que la mano de su padre se soltó. Entonces, caminó a la deriva en el voraz ajetreo de mercado. Sin poderlos evitar, se tropezó con una trébede enorme y un confuso estruendo de cacharros la envolvió. El vendedor le dijo palabras malsonantes. Ella se asustó al contemplar su enfado y, amedrentada, extendió el brazo y, antes de escabullirse, profirió: <<Te matarán, mañana>>. Su mano apuntaba por casualidad hacia los carniceros. Él se percató del arte con que manejaban los cuchillos y sintió en el vientre abrírsele la herida de cuando la mujer del carnicero le espetó: <<El bollo que se cuece en mi barriga tiene que ser tuyo>>. Brillaban las sartenes como lunas lustrosas pero exangües.

La niña presenció el poder demoledor de sus palabras, se envalentonó y, antes de irse, repitió: <<Te matarán, mañana>>.

El aroma la empujó hasta la tienda en que se vendían las especias. Sus dedos, como arañas traviesas, se encariñaron de los piñones mondos. La especiera la apartó con un amable manotazo. La niña vaciló, se restregó las piernas y, ante el asombro de la mujer, le enjaretó: <<Ese te va a matar mañana>>, señalando en dirección a un hombre enjuto que afilaba en la piedra de amolar una cuchilla. La especiera lo miró y se turbó. Un zarpazo de hielo le estremeció las carnes. Aún llevaba clavada en los oídos la amenaza del hombre cuando lo vio robar la caja de la charcutería. Él la arrinconó en la trastienda y, arrecalcándole la navaja entre los senos, le escupió: <<Si dices que he sido yo te mato>>.

La niña festejó el estrago con una risilla satisfecha y se dejó absorber por el gentío. Navegó entre los carrillos de la compra y los bolsos y esquivó los envites de las apresuradas pantorrillas. Braceó contra corriente de olores que la arrastraban a la calle y se apuro en busca de riberas. Al fin, emergió entre los tiestos de la floristería como un arbusto más. Antes de que la joven vendedora pudiese regañarla, la aviso: <<Ese te matará mañana>>. La otra miró al hermano de su novio que apilaba membrillos mientras tatareaba una canción. A mitad de camino, se les entrecruzaron las miradas. La de él erizada de hambres e insomnios, la de ella angustiada. La de él exigente y perentoria, la de ella aterrada.

La niña disfrutó viendo desmoronarse a la florista. Respiró el desaliento de la joven, paladeó su desamparo y se entusiasmó hasta volver a repetirle: <<Te matará>>, con la misma insistencia con que el hermano de su novio le juraba: <<Serás mía o de nadie>>. El novio, que compartía el negocio con su hermano, entretenido en rematar una pirámide de piñas, estaba ajeno a la refriega que acontecía a sus espaldas. La niña se colocó a su lado y acarició la rugosa corteza de la fruta. El mozo se temió lo peor. <<La fruta no se toca>>, se adelantó a avisarle. Le enterneció la inocente expresión de la pequeña y, en oferta de paz y desagravio, le ofreció unos madroños. La niña le aferró el brazo, lo obligó a agacharse y, cuando lo tuvo casi a la altura de su cara, le susurró: <<Ese te matará, mañana >>. Se volvió a mirar a quien se refería y se encontró el duelo de miradas entre su hermano y la florista. Palideció igual que el campo besado por la nieve y, de no haberse interpuesto una cliente, habría exigido a su hermano, a puñetazos respeto por su novia.

La niña, una vez constatado el poder demoledor de sus palabras, trazó una cabriola jovial y se marchó. El perfume agrio de los encurtidos la sedujo. No aparentaba siquiera cinco años, ni levantaba para alcanzar a vislumbrar el contenido de las orzas de barro y los barreños de las berenjenas y las aceitunas. Desplegando el candor de su sonrisa pidió a los dependientes: <<Si me dais una cebolleta os confío un secreto>>. Los muchachos cedieron al empuje avasallador de sus encantos. Ella les dijo: <<Esos de allí os matarán mañana>>. Ellos no entendieron y ella les repitió con la alegría del estribillo de una copla: <<Os matarán mañana>>, mientras, sin titubeos, señalaba a la charcutería.

Ellos se apalancaron contra el mostrador con la misma congoja en la garganta que el día que el charcutero se aproximó a decirles: <<Si descubro que habéis sido vosotros quienes distéis esa mierda a mi hija, os juro que os mato>>. Dicen que la piel de la joven, cuando la encontraron, tenía ese tinte entre violeta y lila de la flor de la salvia.

La niña estaba loca con la absurda eficacia de su juego. El cambio que clareó los semblantes de los muchachos, antes de volverlos macilentos y tristes, la aturdió. Llevada por ese gusto de victoria, desconocido hasta entonces para ella, recorrió otros puestos.

A la mujer de la carnicería que se distrajo con el alegre bailoteo de sus pies y cometió el desliz de preguntarle el motivo, le contestó: <<El de los calderos te matará mañana>>. Lo pronunció despacio y tan segura que la mujer sintió en torno de su cuello el dogal de las manos curtidas en trabajar el hierro; las mismas que en bochornosas tardes, a la hora de la siesta, la hacían agonizar de ansias a unos pasos de donde dormitaba su marido.

En la puerta, la niña se encontró con su padre que andaba acongojado por su ausencia. La estrechó y la elevó en el aire. Ella le hizo carantoñas. Él la volteó lleno de gozo. Ella lo besó ruidosamente y le contó: <<Me lo he pasado chachi>>.

Hacía frío y, en la calle, la tarde tenía piel de rata. Los ojos de la niña se despidieron del mercado con chisporroteos de bengalas. Bajó las escaleras a hombros de su padre. La gente que, aterida, se cruzaba con ellos añoraba su exultante inocencia. Ella palmoteó feliz, se respingó por encima de la cabeza de su padre y pregonó. <<Volveremos mañana>>.

Se achacó a que el charcutero tropezó y fue a darse de bruces contra los baldes de encurtidos y que, al verlo, los dos dependientes se asustaron y creyeron que el dolor de los sucedido a su hija lo había vuelto loco y quería matarles. Por eso lo frenaron a tiros de revolver.

El calderero oyó tan cerca los disparos que pensó que eran para él y respondió con una escopeta recortada hasta alcanzar al carnicero que buscaba refugio en la trastienda. La mujer de las especias aprovechó el alboroto y recibió al afilador a cuchilladas cuando éste se acercó a darle los desdeñosos buenos días. A la mujer del charcutero se le fue la cabeza y vació el cargador de la pistola sobre los vendedores de encurtidos cuando, repuestos del susto, trataban de socorrer a su marido. A los tres se les mezcló la sangre en un reguero que rebasó la puerta.

Hubo quien afirmó que en medio de tanto desconcierto uno de los fruteros descubrió al hermano que estaba cogiendo dinero de la caja y lo confundió con un ladrón, y que la muchacha de las flores, al ver muerto a su novio, le clavó una escarda en la cabeza al asesino.

Sobre lo que nadie se atrevió a opinar fue sobre si el que degolló con un tajo limpio al calderero fue quien lo capó también.

A las cuatro mujeres las encontraron apelmazadas contra el contenedor de la basura. Tenían tanta sangre que se pensó que estaban malheridas y que por ese motivo desvariaban.

Cuando llego el padre con la niña cogida de la mano y exclamó: <<Ni Dios ni los dioses existen, pero alguien cruel nos maneja los hilos>>, un policía se acercó a él para decirle: <<Llévese lejos a esta inocente criatura. El angelito nada tiene que ver con este infierno>>.

La niña observo al guardia con rencor porque no lograba recordar sus mágicas palabras. Al no conseguirlo, se rindió. Por distraerse, soltó la mano de su padre, y fue a columpiarse de la cinta que prohibía el paso.

**"Ni Dios ni los dioses existen, pero alguien cruel nos maneja los hilos... "**

**"La niña festejó el estrago con una risilla satisfecha y se dejó absorber por el gentío"**

**"Los ojos de la niña se despidieron del mercado con chisporroteos de bengalas."**